

¿DEL ANNUS MIRABILIS AL ANNUS MISERABILIS?

LA IZQUIERDA TRAS EL CAMBIO Y MAASTRICHT

Claus Offe

Durante toda la postguerra han formado parte del repertorio normal de la política de la izquierda las quejas por los obstáculos y calumnias a los que había quedado sometida como consecuencia de la guerra fría. Tanto el éxito logrado por la CDU en las elecciones de 1953 en Alemania con el eslogan, imitado después por el NPD, de «Todos los caminos del socialismo llevan a Moscú», como la estúpida fórmula electoral de 1976, «Libertad o Socialismo», les pusieron las cosas difíciles a los socialistas y a los socialdemócratas. En todo caso en esto ha consistido hasta ahora el análisis un tanto lacrimógeno de la situación de la izquierda. En esta situación los acontecimientos que se han venido produciendo desde 1989 hacen necesarias algunas correcciones.

¿Qué es la izquierda? Desde luego ésta no es una pregunta que pueda responderse con categorías *orgánico-políticas*. A grandes rasgos, probablemente haya que relacionarla todavía con una parte de aquellas fuerzas procedentes del movimiento de los derechos civiles de la RDA, las cuales, ofuscadas por el «hundimiento de esta época» y decepcionadas por su papel exclusivamente marginal durante el período posterior, pretendían demostrar que la categoría de «izquierdas» era algo completamente obsoleto. Pero además es fácil enumerar las posturas *normativas* que hoy como ayer, en mi opinión, están irrenunciablemente unidas a la orientación política de «izquierdas». Se trata de aquellas posturas que persisten en el

mantenimiento de los derechos humanos y civiles, que consideran la democracia social y política como un medio de control, necesariamente perfectible, del poder social y económico, que buscan materializar de una manera sociopolítica el valor de la igualdad, que no está en contradicción con el de la responsabilidad ni libertad de acción individuales, sino que está presidido por el principio de «amor por lo más lejano» en el espacio y en el tiempo (en lugar de un pálido amor por *lo más próximo*); dando de esta manera prioridad a la paz y a la distensión, a la solidaridad y al desarrollo internacionales, así como a la conservación para las generaciones futuras de unas condiciones ecológicas de vida.

El «derrumbamiento de esta época» desde 1989 («cambio») hasta 1992 («Maastricht») ha eliminado dos constantes que pertenecen a las condiciones básicas en las cuales se ha desarrollado la política de la izquierda en Europa occidental desde la Segunda Guerra Mundial. Se trata, por un lado, del condicionante de la *guerra fría*, al que se refería el lamento del principio, y por otro, del condicionante de la *soberanía del Estado nacional*. Ahora, visto con perspectiva, no parece, sin embargo, que ambos condicionantes hayan constituido sólo obstáculos para la realización de los citados principios de la política de la izquierda como siempre se había sostenido. Esto es válido sobre todo por lo que respecta a la competencia del sistema con el socialismo real que para las democra-

cias occidentales desempeñó el papel de un «Exoesqueleto»: su presencia les permitía demostrarse a sí mismas y a los demás que eran «mejores» en los aspectos económico, militar e incluso moral que el único contramodelo operativo de la sociedad industrial, es decir, el del socialismo de Estado.

De los efectos indirectos de la guerra fría la izquierda democrática ha obtenido también ventajas político-estratégicas. Y así la izquierda debe ciertamente parte de su éxito a la considerada complacencia y al, en ocasiones incluso, afán de superación sociopolítica con el cual sus oponentes liberales y conservadores se esforzaron tratando de impedir el intento de la izquierda de servir como cabeza de puente hacia «el otro lado».

También con el fin de inmunizar a los sindicatos y a los partidos socialistas y socialdemócratas frente a los avances conseguidos al otro lado del telón de acero, las fuerzas políticas no socialistas de occidente consideraron conveniente complacer a la izquierda política más de lo que en otro caso les hubiera parecido oportuno. Esta misma lógica de consideración «amplia» de los intereses es la que impulsó a los países occidentales industrializados del Club de la OCDE a prestar ayuda económica y para el desarrollo a los países del Tercer Mundo, protegiéndose así de antemano frente a los deseos de éstos de concertar una alianza militar y política con la Unión Soviética y sus aliados.

En segundo lugar, la existencia del régimen imperialista soviético preservó a todas las fuerzas políticas de las democracias occidentales, y en especial a la izquierda, de tener que enfrentarse con aquellos problemas que se quedaron encerrados tras la barrera física del telón de acero, es decir, con estos problemas que ahora están saliendo a la luz, de la emigración hacia Occidente y de los conflictos étnico-nacionalistas. A menudo se ha comparado el régimen del socialismo de Estado de la Unión Soviética con un congelador en el cual se habían quedado congeladas las energías conflictivas del nacionalismo étnico de Europa oriental, impidiendo así su manifestación (pero donde ¡también se habían quedado conservadas!). Al finalizar la guerra fría han vuelto a despertarse, manifestándose en las actuales y previsibles guerras civiles y en el movimiento migratorio provocado por ellas. Ambos sucesos han colocado ante una dura prueba, todavía no superada en absoluto, a la izquierda europea en sus tradicionales conceptos de «internacional» y «republicano», así como en su rechazo de la política nacionalista restringida.

Retrospectivamente, pues, la guerra fría y la soberanía del Estado nacional se nos presentan como factores beneficiosos para la tradicional política de la izquierda que ahora, ante requerimientos enteramente nuevos, se ha visto arrancada de su anterior rutina. Esta tesis se sustenta, a mi entender, en los seis puntos siguientes:

1) Los sucesos ocurridos desde 1989 han traído consigo en la Europa occidental continental un *marcado desplazamiento hacia la derecha* del espectro político. Mientras que hace diez años, poco después de la fundación de los «verdes» y en pleno auge del movimiento pacifista y ecológico, todavía se podía hablar de que habían perdido importancia los temas políticos «materialistas» orientados a los valores conductores del crecimiento y de la seguridad social y militar y, al contrario, soblaban irrevocablemente vientos favorables para aquellos objetivos «post-materialistas» dirigidos a conseguir autonomía, participación, ecología y el afianzamiento de la paz, hoy, sin embargo, esta concepción (ya antes expuesta) se considera una completa equivocación. Especialmente en la Alemania unificada los temas de política del crecimiento y de la distribución, con una progresiva falta de atención respecto de sus implicaciones ecológicas, ocupan un lugar clave en la agenda política, mientras que la cuestión del afianzamiento diplomático, económico e incluso militar de la paz se encuentra en una situación crítica y precaria como pocas veces antes en la época de la guerra fría; precisamente ésta había conseguido que acontecimientos como el de la guerra de los Balcanes nos resultaran desconocidos a todos no sólo como realidad, sino también como posibilidad remotamente imaginable. Las posturas socialistas o «terceras vías» se han convertido en una rareza en la Europa postsocialista central y oriental.

A los intelectuales de izquierdas la cuestión de una estrategia socialista para los países postsocialistas se les plantea mucho menos que la respuesta a la (en la práctica menos enigmática) versión actual de la pregunta de Sombart de por qué «no existe el socialismo en la Europa oriental».

Y desde luego en Europa oriental se encuentra en proceso de formación un capitalismo tan salvaje que la crítica socialista a este régimen postcomunista ha cobrado una inesperada actualidad. Se está desarrollando aquí una variante de aquel capitalismo que en el último tercio del siglo XIX provocó la crítica socialista, dio vida a los grandes partidos y movimientos socialistas y puso de manifiesto la legitimación económica y moral de la crítica socialista: un capitalismo no regulado,

acompañado de pobreza a gran escala y de una insuficiente seguridad social y que además probablemente ni siquiera consiga que las «fuerzas productivas» alcancen un desarrollo continuo. La función histórica (aunque de ningún modo el objetivo estratégicamente dominante) de los partidos socialistas y socialdemócratas a partir de la primera guerra mundial ha consistido precisamente en conducir hasta el Estado a la masa del electorado proletario, integrándolo en el sistema político; y a esta función «constructiva» y no sólo crítica estarían también hoy llamados en las sociedades post-comunistas. La contribución histórica de los partidos socialistas y socialdemócratas, así como la del movimiento sindical vinculado a ellos, ha consistido también fundamentalmente en esto, en enseñarles a los asalariados que como trabajadores y como electores tienen un lugar que ocupar activamente en la democracia competitiva del Estado del Bienestar. Pero lo que hoy, por el contrario, vemos en Europa central y oriental es una apatía masiva y la desintegración política. Por este motivo la necesidad «funcional» de temas de movilización y de partidos socialistas se hace patente en el Este, donde los avances de la economía de mercado y de las libertades democráticas, *sin* el concurso de los derechos civiles y de la protección social, sólo difícilmente han podido subsistir debido a los costes y turbulencias de este proceso de transformación.

2) Tanto las sombras que dejamos atrás del socialismo real como las proyectadas hacia delante de la unificación de Europa nos permiten apreciar que en gran medida el Estado social y del *bienestar*, así como las condiciones para su génesis y desarrollo se han producido en aquellos Estados *nacionales* cultural y étnicamente homogéneos. De manera que los Estados del Bienestar más desarrollados, como los *folkhemmet* escandinavos, son a la vez aquellos que evidencian en menor medida una heterogeneidad étnica, lingüística, confesional o de raza mientras que los Estados Unidos se encuentran en el polo opuesto de ambas escalas. Por otra parte, la izquierda está poco dispuesta a admitir —cosa por otro lado nada sorprendente— que una política forzada del Estado del Bienestar se base en su aspecto socio-moral en intuiciones de justicia además fraccionadas y referidas a las comunidades nacionales. Por consiguiente, los «esfuerzos morales» que se requieren son ahora mucho mayores, ya que los más necesitados de las prestaciones de redistribución no pertenecen «a nuestra clase de gente», a la que, en cambio, tales prestaciones se le ha concedido siempre de un modo mucho más solícito que a los

«extraños». Dicho al contrario: cuanto más «extraño» hay, tanto más fracasa este relevante empeño moral socio-político —como claramente revelan los actuales síntomas de xenofobia populista y de «chauvinismo del bienestar» en la Alemania unificada—. La guerra fría y el Estado del Bienestar, no muy perjudicado en sus derechos de soberanía, le han ahorrado hasta ahora a las izquierdas el tener que ocuparse de este espinoso problema del agotamiento de los recursos morales en sus propias filas; problema que precisamente en el caso de la concesión de los derechos positivos de estatus a los «no-nacionales» deberían haber monopolizado de un modo irrenunciable.

3) La integración política de Europa occidental, como demuestran los Tratados de Maastricht, ha traído consigo para los habitantes de los Estados europeos una *merma de sus posibilidades de influencia y participación en los recursos político-democráticos*. La actuación del Ejecutivo resulta más difícil de controlar ahora a través de los Parlamentos, de las elecciones, de la competencia entre los partidos y también a través de la percepción de las tareas públicas por las asociaciones y los sindicatos, así como a través de las manifestaciones de la publicidad democrática, de lo que resultaba *en el marco de los Estados nacionales*. La expansión de los Estados nacionales hacia alianzas económicas transnacionales del tipo de la CE puede aportar grandes ventajas al desarrollo de *los recursos económicos*, pero a este efecto de bienestar se le contraponen cuando menos una probable merma de *los recursos políticos*, ya que los niveles de dirección de las organizaciones transnacionales están mucho más alejados de los intereses y posibilidades de influencia de los electores nacionales, de sus partidos, Parlamentos y sindicatos, y son mucho más difíciles de alcanzar de lo que lo son para los gobiernos nacionales. Esperemos que este manifiesto déficit democrático logre ser superado política y constitucionalmente frente a toda resistencia. En el estado *actual* de los Tratados de Maastricht [cfr., p. e., los artículos 189.b) y 189.c) de su edición] queda fuera de toda duda que un Estado imaginario que poseyera las características político-constitucionales y las garantías democráticas de la Comunidad Europea no estaría legitimado como suficientemente democrático para aspirar con éxito a convertirse en un miembro de la CE! La CE como tal entidad está muy por debajo del nivel de requisitos exigible que, en cambio, cada una de sus partes cumple escrupulosamente. Esta depreciación de los recursos políticos, originada en el marco de los regímenes políticos del Estado nacional, ha afectado tam-

bién y de un modo especial al movimiento sindical cuya «europeización» ha quedado hasta ahora muy por debajo de los esfuerzos análogos realizados por parte del capital para la integración transnacional.

4) Por lo que respecta al espectro de los temas y de las fuerzas políticas, de las legitimaciones socio-morales y de los recursos políticos, los drásticos acontecimientos de 1989 y 1992-1993 han representado un desafío para los principios de la política de la izquierda, desafío que esta misma política, amparada en las circunstancias favorables de la guerra fría y de la soberanía del Estado nacional, consideraba ya superado. Las convulsiones liberadoras de 1989 fueron consideradas con justicia por la izquierda europea como una sorprendente y agradable ruptura social y política, como un *annus mirabilis*. Los decepcionantes sucesos posteriores, visibles ya en 1992 en Europa oriental, y las incertidumbres que surgieron en torno a la integración de Europa occidental lograron que este año se alcanzara el grado más alto de pesimismo y desconcierto para las izquierdas, ¿un *annus miserabilis*?

Como reveló claramente el caso paradigmático de la unificación alemana, es imposible pretender que, sin la ayuda masiva de las democracias occidentales, el proceso de reconstrucción económica, de modernización política y de civilización cultural de las sociedades postcomunistas pueda obtener moderadas perspectivas de éxito y además permanecer invulnerable ante las regresiones. Las democracias occidentales a través de lentos procesos de aprendizaje institucional se han estado preocupando de *regular* su propia actuación de tal modo que han conseguido convertir en improbables las destructivas crisis económicas, los conflictos sociales no-institucionales y las guerras internacionales e internas. La *nueva* tarea que ahora tiene encomendada la democracia capitalista, esencial para la autorregulación ecológica y del Estado del Bienestar, consiste en contribuir a la *implantación* en otros lugares de las correspondientes estructuras institucionales. Esta tarea de la formación y consolidación duradera de Estados constitucionales democráticos sobre bases económicas independientes ya en parte la ha llevado a cabo el mundo occidental, durante la época posterior a la Segunda Guerra Mundial en el Tercer Mundo. Pero incluso en la zona más favorecida de este Tercer Mundo, es decir, en Latinoamérica, por medio de las robustas estructuras de sus Estados territoriales, ni siquiera aquí se puede hablar de que en todas partes se haya logrado clara y permanentemente la «exportación» de las es-

tructuras liberales y democráticas y la de las instituciones económicas que las soportan. Entre ambas tareas, la de la regulación de las *propias* estructuras internas (es decir, en el campo hasta ahora abonado para el éxito de los partidos y movimientos de izquierda) y la de la «exportación» no-imperialista de las acreditadas instituciones occidentales a los países del Tercer Mundo (y ahora también a los del segundo) se observa una relación parecida a la que existe entre las tareas normales de conservación de un bosque y un gigantesco proyecto de repoblación forestal. Las democracias capitalistas del Estado del Bienestar se han mostrado, durante un período de tiempo históricamente largo, como inesperadamente capaces de hacer frente a la tarea de *regularse* a sí mismas, gracias también al apoyo que socialistas y socialdemócratas le han prestado a su «sistemática» capacidad de aprender; pero en cambio no es en absoluto cierta su capacidad de *autoclonación*.

El impulso en un tiempo récord de una modernización para Europa central y oriental que siguiera el modelo de desarrollo de Europa occidental es, desde luego, algo con lo que tradicionalmente los socialistas nunca habrían soñado. Pero un programa de recuperación análogo es a la vez mucho más de lo que un crítico realista, ante las perspectivas de desarrollo de Europa oriental, consideraría hoy como prometedor, sopesando las probabilidades relativas, para una economía de mercado «social» (por oposición a un *Estado natural* de la sociedad, evocador del «lobo»). En cualquier caso, la existencia del Imperio Soviético le ha ahorrado hasta ahora a las izquierdas occidentales el hecho de tener que hacer frente teórica y políticamente a este crítico desafío actualmente dominante de cómo transformar el orden social derrumbado del «socialismo de Estado» en otro tan viable como justo y pacíficamente seguro.

Probablemente, ya no le corresponda más, en la actualidad, a la teoría ni a la política socialistas la agradable tarea de promover el *progreso* social de las sociedades industriales desarrolladas, sino que su éxito y radicalidad se medirá más bien con el criterio de en qué medida son capaces de impedir la *regresión* que acecha por todos los rincones y que tras el derrumbamiento del régimen del socialismo de Estado amenaza con invadir todas las conquistas morales, económicas y de civilización que se han alcanzado en este «siglo socialdemócrata».

5) Las circunstancias favorables a una estabilidad interna y externa del sistema social occidental consistieron también en otra «contribución» del Imperio Soviético —naturalmente, de forma

involuntaria—. No sólo ha proporcionado a veces un moderado impulso para el progreso sociopolítico de Occidente. El Imperio Soviético, aunque de un modo muy distinto al que reclamaba para la Unión Soviética el eslogan de «potencia pacifista» y con una brutalidad digna por completo de rechazo, no ha contribuido tanto a lograr la paz entre los Bloques como a un *afianzamiento de la paz interior y entre los pueblos del Este y Centro de Europa*, que ahora, al finalizar el socialismo de Estado debe ser reconstruida políticamente con los medios y, en la medida de lo posible, con la intervención de una Autoridad internacional legítima de Occidente y de las Naciones Unidas. Por lo que respecta a la regulación de las relaciones internacionales en esta región, nos vemos hoy obligados a sustituir los pilotos automáticos estructurales, que ya no funcionan, de la guerra fría y de la oposición al sistema, por un dirigismo político manual y al mismo tiempo directo —todo esto, dentro de un sistema político internacional *multi-polar* y ya no hegemónicamente organizado. Al núcleo esencial de una política de «izquierdas» le corresponde la reivindicación de una política pacifista, antimilitarista y preventiva frente a la guerra. Pero a esta reivindicación se le contraponen hoy en los Balcanes la realidad de la mayor barbarie que se ha producido en territorio europeo desde la Segunda Guerra Mundial— y (quizá se atrevería uno a decir que peor) la realidad de la falta total de identidad y desconcierto de la izquierda europea ante la cuestión de cómo esta *misma* realidad de las guerras actuales (y por lo demás, fáciles de prever) y de las guerras civiles puede ser transformada con medios económicos, diplomáticos, morales o incluso militares.

6) La desaparición de las estructuras de la soberanía del Estado nacional en favor de una política de integración de Europa occidental tiene como consecuencia previsible a la vez que contraintuitiva la de fomentar la formación de «pequeñas» unidades. Quienquiera participar de la terrible competencia europea debe desprenderse de todas sus obligaciones de redistribución y costes de regulación, que son considerados como inconvenientes para la competencia. Esta lógica de la «secesión interior» ha sido previamente puesta en práctica por la *Liga Lombarda* y remite a un modelo de *life boat economics* (tren de vida) insolidario, cuya sugerencia amenaza con paralizar

no sólo a las regiones de Europa económicamente más pobres sino también, en la misma medida, a las más ricas. Frente a estos procesos de diferenciación previsible en pequeñas unidades y al agravamiento resultante de las diferencias de bienestar interregionales, se le presenta a la izquierda europea, que no quiere sacrificar su esencia política ni moral, la ocasión de defender a escala europea aquel nivel de igualdad y seguridad material que hasta ahora ha sido posible conseguir y garantizar en el marco de las políticas social, laboral, agraria e incluso sexual del Estado nacional.

De todo lo expuesto se pueden extraer dos conclusiones: en primer lugar, la soberanía del Estado nacional y la guerra fría le han proporcionado a las sociedades de Europa occidental en su conjunto y a las fuerzas político-sociales de izquierdas una «renta de normalidad» que ha beneficiado discretamente la promoción de un programa de progreso socio-político de un modo muy distinto al que muchos de nosotros hubiéramos nunca imaginado o siquiera afirmado. Para poder mantener los avances logrados y extenderlos a toda Europa se requieren esfuerzos redoblados, y sobre todo cualitativamente renovados en unas condiciones que ya no garantizan más esta *renta*. De esto se sigue la segunda conclusión de que el programa de la política social, constitucional e internacional de la izquierda está manifiestamente expuesto a un cambio de signo: en lugar de promover un progreso (cuyos objetivos son cada vez menos claros) en el interior de las sociedades avanzadas, tendría más bien que *impedir* el retroceso en un entorno en el que se consolidara fuertemente el *statu quo* de la sociedad nacional e internacional.

Un «final del socialismo» pretendido por muchos podría tener su origen en dos circunstancias: en la falta de oferta y en la de demanda. Pero ciertamente, como nos muestra un rápido examen de los problemas de desintegración de Europa oriental y de los de integración de Europa occidental, no se trata de escasez de la *demand*a, aunque también la oferta *for the time being* (por el momento) evidencia difíciles carencias, ya que los objetivos y estrategias socialistas no han encontrado todavía ninguna fórmula nueva que responda satisfactoriamente a los nuevos retos. La propia naturaleza de estos desafíos conseguirá sin duda que en el futuro el pensamiento político se siga dividiendo en izquierdas y derechas.